

guerra de la Independencia: el siglo XIX resultó más conflictivo entre nosotros que en «casi ninguna otra sociedad europea», y es entonces en verdad cuando España presenta una realidad diferenciada de la de Europa; antes, durante la Edad Moderna, las acciones que aquí ocurrieron «no carecieron en ningún modo de paralelo en otras naciones, ni representaron a una sociedad que fuera especialmente cruel o inusualmente dividida contra sí misma».

Se alza nuestro autor por tanto en contra de las interpretaciones casticistas del pasado: España no resultó más conflictiva o tuvo una supuesta «Edad conflictiva» en los primeros siglos modernos, sino que el conjunto de disfunciones de nuestra vida común arranca ideológicamente de las décadas finales del Setecientos y se concreta en la larga duración de la España liberal. Malefakis no escribe literalmente estas palabras —pues nos estamos expresando en nuestros propios términos—, pero su idea es la de oposición a una perspectiva casticista del pasado: el «excepcionalismo español» (manifiesta el profesor de la Universidad de Columbia) es un «equivocado concepto», aunque sí ocurrió en la pasada centuria que tuvimos una historia atormentada de disfunciones: «La historia política de España difirió significativamente de la de otras importantes naciones europeas durante el siglo XIX»; por lo demás España se corresponde en general con los patrones europeos.

Estamos pues ante dos hechos que subrayamos por nuestra parte pero al hilo del discurrir de Edward Malefakis: el pasado español en los primeros siglos modernos se corresponde en general con el pasado europeo; no obstante la larga duración que arranca de los tiempos de la ideología liberal en la Ilustración (décadas finales del XVIII) y llega hasta 1939, sí está muy llena de tensiones y conflictos no tan numerosos entonces en otras colectividades nacionales.

Insiste también Malefakis —por ejemplo— en la época de «profundo conflicto civil» que ocurre entre nosotros al llegar el presente siglo: Semana Trágica, crisis sociopolítica y guerra de Marruecos, dictadura de Primo de Rivera, etc; en definitiva la guerra de 1936 no era inevitable, sino que surgió de un proceso histórico que se puede analizar.

En dos de sus tres contribuciones a este volumen insiste Edward Malefakis en lo mismo: en la Edad Moderna vemos que España padeció menos conflictos civiles «que cualquier otra nación europea», pero tal situación «se modificó en el siglo XIX»: en la centuria pasada se fueron acumulando los efectos de la guerra de la Independencia, las guerras carlistas, el sentimiento nacional en Cataluña y el País Vasco, la cuestión obrera, la oposición de los intelectuales laicos, la ineptitud de las clases gobernantes, etc.; de esta manera la sociedad española acabó

llena «de rencor, discordia y escisión social».

Por supuesto –advierte asimismo nuestro autor– la guerra civil en términos estrictos ocurrió por un hecho militar: la división en el seno de los jefes del Ejército en los días primeros de la contienda.

Muchos otros capítulos y autores encontramos en este libro instructivo, y los hemos tenido en cuenta aunque nuestra glosa se haya limitado a algunas ideas de Malefakis que no deben quedar desapercibidas; no es el primer autor que las expone ni es el único en hacerlo, pero el profesor estadounidense se suma a quienes proponen una contemplación del pasado español más racional y no casticista, y un tanto mítica (aunque paradójicamente son las interpretaciones casticistas de nuestra historia las que tienen por «míticas» a las que resultan más adecuadas técnicamente y por tanto más racionales).

Digamos que en la presente obra Alberto Reig Tapia –por ejemplo– hace balance de las pérdidas humanas en la guerra y en la posterior represión; según él las pérdidas entre muertes y exilio rondan un número total de 600.000 víctimas, mientras fueron 150.000 las víctimas a su vez de la represión franquista.

Como queda sugerido estamos ante una obra que bien por sus informaciones o bien por la reflexión que despierta, resulta oportuno tener siempre a mano.

Francisco Abad

Los diarios de Andrés Sánchez Robayna

1

La obra de Andrés Sánchez Robayna, desde *Clima* (1972-1976) está caracterizada por su unidad. No por una fidelidad ideológica, ni siquiera estética, a pesar de que Robayna es alguien que, desde muy joven, encontró no tanto su propia voz como el tono de voz, lo que quizás sea más importante. Lo que halló el poeta y ensayista canario fue una unidad en la tensión, por decirlo de una manera algo abstracta. Yo creo que Sánchez Robayna pertenece a una familia de poetas cuyos nombres son Jorge Guillén, Saint-John Perse, Claudio Rodríguez y José Ángel Valente, entre otros. Sé que alguien pensará que estos nombres no son del todo compatibles, y lo sé. No son poetas que contengan la misma visión del mundo ni la misma relación con la tradición literaria; pero todos ellos, desde el comienzo parecen haber encontrado lo que he llamado el tono, y aunque ha habido cambios en sus obras a lo largo de los años, sin duda podemos decir que se han movido en una espiral cuya voluntad poética siempre ha estado regida por la misma fatalidad. Andrés Sánchez Robayna pertenece, en

este sentido, a esta tradición de poetas que, siendo distintos, tienen este rasgo en común.

La inminencia (*Diarios, 1980-1995*), se inicia al tiempo que uno de sus poemarios más definitivos, *La roca* (1980-1983) y finaliza en el mismo año en que se publica *Sobre una piedra extrema* (1995), su último poemario hasta la fecha. No se trata de un diario íntimo, porque de lo que en él se habla, siendo personal, no pertenece a una privacidad que haya que ocultar a lo social. Son anotaciones, por momentos muy personales, que se restituyen al mundo público. Este es un tema complejo en el que no entraré. El recorrido es, pues, paralelo a la penetración en su mundo poético y al curso de quince años que lo transforma y lo consolida. Se consolida en ese recorrido la obra de uno de los poetas más rigurosos y verdaderos que ha dado la poesía de lengua española en las dos últimas décadas.

Si digo todo esto antes de hablar del diario es porque se trata del diario de un poeta; quiero decir: no de alguien que es poeta sino de quien al anotar, esporádicamente, sucesos, observaciones o pensamientos, no ha cambiado de orientación respecto a su actitud espiritual, ni siquiera respecto al lenguaje. Así que este diario nada tiene que ver con los diarios de Thomas Mann, tampoco con los de Anaïs Nin, ni siquiera con los de Mircea Eliade y Giovanni Papini, sin duda todos ellos de gran interés por razones diversas. *La inminencia* se aparta de ellos. Si

tuviera que encontrarle alguna vecindad, aunque sólo fuera por dar una idea a quien no lo haya leído, diría que tiene que ver con muchas de las anotaciones de los cuadernos de Paul Valéry y con el diario de un escritor más desconocido, el poeta catalán Mariá Mament. Con el primero tiene que ver, entre otras cosas, por su preocupación constante por la poética; con el segundo, con su contemplación de la naturaleza. Quien lea este diario podrá tener una versión pantográfica de la aventura poética de Sánchez Robayna, pero no porque encontremos aquí, en otra escala, una versión de aquélla, sino porque encontramos las tentativas, los forcejeos, o, en otras palabras, la dramatización de la palabra poética y el mundo, de la palabra del poema en lucha consigo misma, y, también, del pensamiento a la búsqueda de razones que amparen esa puesta en abismo del lenguaje. *La inminencia*, en este sentido, es un teatro donde la memoria rescata visiones y anota momentos de aquello que, en el otro lado, en la obra poética, se pretende presencia definitiva. Pero este diario no es una sombra de la obra poética que a su vez sería metáfora del mundo; sino que logra ser una realidad que se oye y que se toca: los ojos y el oído son tactos y nuestro tacto ve y oye. Maurice Blanchot (un autor citado varias veces en este libro) pensó que el diario es, para algunos, un aplazamiento de la escritura, una manera de mitigar la an-

gustia de una palabra no meramente acumulativa, denotativa, profesional. El diario, en ese sentido sería una escritura muy distinta a la que el encartado desarrollaría en ese libro futuro. La observación es inteligente, y podemos pensarlo de Mallarmé, que no escribió diarios pero sí una gruesa correspondencia que hace las veces de tal y donde podemos observar que realmente se cumple esta misión de aplazar el momento, para Mallarmé órfico, de la escritura. Pero en nuestro autor no hay ese aplazamiento o, al menos, no lo hay de manera central. No se ha propuesto una escritura meramente referencial sino que convoca en ella una vivencia de los sentidos, sin excluir de ellos la facultad de pensar. Y para convocar hay que someter las palabras a una suerte de transformación. El diario se propone como un gran rescatador y para ello necesita un lenguaje ajeno a lo funcional. Lo diré con menos palabras con el fin de ser lo más claro posible: muchas de estas anotaciones tienen un gran valor creativo, poético: connotan una experiencia espiritual y estética. Mejor que mis rodeos, será poner un ejemplo perteneciente al año 1985:

En la orilla, lo que veo es exactamente lo que pienso: aquí, ser es estar. O quizá (porque una buena parte del tiempo estoy sencillamente al sol con los ojos cerrados): no hay lenguaje, sino mirada, incluso con los ojos cerrados.

Sol hacia adentro. Estar. Ver (con los ojos cerrados) el sol, un bello cuerpo, la orilla luminosa dentro de la mirada.

Yo creo que a Jorge Guillén le habría gustado leer este fragmento. Un fragmento entero.

2

No quiero intentar resumir los temas y las preocupaciones de Robayna en este libro, que son las preocupaciones que uno puede encontrar en *La luz negra*, *Silva gongorina* y otros libros suyos de estudios o ensayos, además de en sus numerosos artículos. Y no quiero ni intentarlo porque leer es un recorrido, es un viaje que no puede ser resumido en una cifra. Al decir viaje estoy dando lugar a un invitado que es ajeno a su obra, la narración. Si algo observamos de narrativo en la linealidad de estas anotaciones, hay que aclarar que es una narratividad minada por el fragmento, por mundos que parecen cerrarse sobre sí mismos, buscando la suficiencia del instante. Hay diarios que parecen una novela, o de los que uno deduce una novela; *La inminencia* no lo es. En ocasiones puede parecernos que, aunque los meses y los años pasan, asistimos a la crónica de un instante, o lo que es mejor a una sincronía de la temporalidad. De ahí el recurso constante a los valores propios de lo poético.